que en su ausencia se habia inducido al rey á que enviase á Inglaterra para retractar su palabra, y manifestar que de ningun modo iria á avistarse con su tio. De nada sirvieron los lamentos del tesorero: los malos consejos habian prevalido en el ánimo del rey. Los prelados y los demas favoritos que los secundaban se habian apoderado de su espíritu. Enrique VIII se vuelve furioso, jura vengarse de este menosprecio, y envia un ejército que lleva la sangre y el fuego á Escocia. El rey de Escocia por su parte levanta tropas, pero tropas desanimadas que veian que se tomaban las armas por amor á los prelados contra los intereses de la patria. Esto abatia los corazones; y lo que acabó de desesperarlos fué el ver á Sinclair, favorito y mercenario de los prelados, declarado por general del ejército.

Los señores y los principales oficiales, indignados de ver que la corte y el reino fuesen gobernados por instrumentos tan abyectos como los obispos y sus hechuras, se negaban á batirse al mando de un general tan indigno: hasta se dejaban hacer prisioneros; el ejército entero fué derrotado, el reino quedó sin defensa espuesto á los destrozos de un enemigo victorioso, y el rey atormentado de desgracias y de enojos. Todo el mundo gritó contra los obispos: era una desolacion el ver que perecia el pais por saciar el furor ó la ambicion de estos. El rey oía estas quejas, abrió los ojos, y del fondo de su corazon salieron algunas palabras de resentimiento contra estos ecsecrables consejeros espirituales que sacaron de ello una cruel venganza.

Esta casta de gentes nunca se retracta, y menos todavia perdona: el reino estaba á discrecion de los enemigos; el ejército en derrota, la nobleza llevada al estremo, el pueblo miserable, y manifestando en su murmullo sus descontentos, el rey desgraciado y perdido su honor. ¿Y bastó todo esto para apaciguar á los obispos? No por cierto: para acabar de colmar su malicia, los buenos servicios que hacian al público y á su soberano, dieron muerte al rey con un veneno. Con otros rasgos de política y las severidades saludables cuyo uso tomaban de Roma, habian aprendido el arte de hacer un brevage italiano,

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación